



EL QUIFOTE COMO LAZO DE UNION ENTRE ESPAÑA  
Y LA AMERICA HISPANA

POR

OCTAVIO MENDEZ PEREIRA

PRIMER PREMIO.



OMO los individuos, los pueblos que reniegan de su origen son verdaderos hijos degenerados, más aún, miserables suicidas morales.

España es la cuna de nuestras nacionalidades, base y origen de nuestra actual unidad étnica. El español nos ha legado muchas de sus virtudes y sus vicios, muchas de sus orientaciones espirituales, que han sido sin duda el núcleo central en que se han troquelado nuestras modalidades posteriores, en que se ha moldeado el pueblo complicado y joven que se suele llamar Hispano-América.

La concepción estrecha de las razas como entidades en las Conceptos de las razas cuales se clasificaban los seres humanos, cual si fueran variedades bovinas, ha perdido su gran prestigio en este siglo de las investigaciones y las ciencias exactas. Las teorías eugénicas tienen hoy un alcance muy limitado y no es ya la craneometría, el índice cefálico, lo que efectúa las aproximaciones de los pueblos, sino su consonancia de intereses y sentimientos, su forma análoga de sufrir y de gozar la vida, de concebir ideales, prejuicios y errores. Existe, pues, algo más importante que la unidad deleznable de los caracteres fisiológicos que une los pueblos, fusionando sus mentalidades y sus almas, y es la orientación de su cultura, la identidad de la lengua, la comunidad de ideales y anhelos, la homogeneidad de civilización. Una cabeza braquicéfala o dolicocefala no significa nada ante una emoción igual de la belleza o la comprensión idéntica de los deberes con respecto a la familia, a la patria y a la humanidad.

La fuerza de la idea no es una palabra vana. En la vida del pensamiento los espíritus se buscan, se acercan y se refunden, y crean así, para los individuos como para las naciones, los vínculos fortísimos de la amistad y del afecto. «Si queremos dividir de un modo absoluto —ha escrito Juan Finot— pensemos más bien en nuestras almas que, saturadas de la misma idea y engendra-

das por la misma cultura, ofrecen modos análogos de considerar las cosas y los seres».

Hubo un tiempo para los americanos en que subsistieron en Génesis del alma nuestra atmósfera, más o menos frescas, las creaciones del coloniaje, en que fue una necesidad para nosotros vivir ajustados a las formas y a los procedimientos de la Península, por el contacto político, comercial o literario. Fue entonces cuando el español inoculó en el alma de nuestros indios y nuestros criollos, para legarlos a la posteridad americana, junto con sus vicios y sus defectos, sus virtudes excelsas, su ímpetu irresistible, su hospitalidad noble y caballeresca, la magnanimidad generosa y castellana, su delirio de grandezas, su exaltación visionaria y mística, su religión, su lengua sonora, rica y armoniosa.

Posteriormente, debido a las inmigraciones y a las influencias poderosas de otras civilizaciones, se han modificado en el criollo esas características del español, pero subsiste aún un fondo permanente imborrable, que espera el momento de una nueva germinación. Ni la influencia de Francia, que hizo de Sur América, por la virtud del pensamiento, una segunda conquista, ha podido impedir que España esté siempre presente en nosotros con muchas de sus grandezas y debilidades.

Tratar de desconocer esta verdad, cerrar la conciencia y el Conservación de corazón a la voz de la sangre y de la historia, sería nuestra índole insensatez de funesta transcendencia en nuestra evolución social. Sólo siendo consecuentes con nosotros mismos, con nuestro origen, nuestra índole y nuestras aptitudes, acabaremos por imponer al mundo nuestra personalidad. Como muy bien observa Manuel Ugarte, lejos de quejarnos de nuestra filiación debemos enorgullecernos de ella «porque lo que hace la fuerza de los grupos es la constante comunión con los antepasados, la solidaridad que prolonga el esfuerzo de unos en otros, haciendo que cada cual, al sentirse sostenido por los que le preceden, halle en el orgullo de lo que éstos lucharon por él la fuerza indispensable para servir de luz a los de mañana..... El poder de los núcleos estriba en la prolongación de un esfuerzo central a través de las generaciones y en la estrecha fusión, dentro del progreso, de un pasado que hizo presente, con un presente que aspira a transformarse en porvenir.»

Y esto no quiere decir que seamos tradicionalistas radicales. Justo alcance Hay, entre las tradiciones que envuelven conceptos del mundo y de la vida, algunas que no se pueden arrancar sin que produzcan reacciones dolorosas y perjudiciales; algunas, en una palabra, que son dignas de acato indiscutible. A ellas nos referimos aquí y no a las que constituyen un estorbo para el desarrollo social y que, mejor que *tradiciones*, deberían llamarse *preocupaciones*.

La inmutabilidad venerable que tienen ciertas obras de arte no es propia del alma humana. Sin movimiento y transforma-

ciones no hay conciencia y, por consiguiente, no hay vida espiritual. Es verdad que el hombre se ve muchas veces arrastrado a seguir las huellas que en las sendas de la existencia han dejado los que le precedieron; pero también es cierto que suele abandonarlas para adoptar otras mejores cuando logra descubrirlas. En esta red de corrientes que resulta de las canalizaciones de la tradición y de los nuevos surcos que abre el espíritu cuando siente que el canal tradicional se ha tornado demasiado estrecho, se encierra toda la historia de la inteligencia, según afirma el distinguido sociólogo don Enrique Molina. Las solidificaciones de conceptos, creencias y normas antiguas, que llamamos tradiciones, cuando no tienen una base inmutable, van siendo disueltas por la acción del pensamiento innovador que reemplaza y elimina las formas caducas, sean éstas ideas o normas de conducta, por nociones y normas más adecuadas a las nuevas necesidades del organismo social.

Debemos aceptar, pues, la norma tradicional cuando no sea cual la roca incommovible y dura sino cual terreno fértil, que preste el calor de sus entrañas a las innovaciones necesarias del espíritu. «Que así como los individuos sólo son fuertes cuando obedecen a sus herencias de familia y se declaran, con las necesarias modificaciones de la época y del medio, continuadores celosos de sus antepasados, los pueblos sólo alcanzan su osificación y su plena audacia cuando establecen el equilibrio interior, nivelan las asperezas, y de un extremo a otro de su historia y de su conjunto sienten la rítmica palpitación de una voluntad que no se interrumpe ni se desmiente.»

Un tradicionalismo así no se opone a la penetración de ideas, significado del de instituciones, de conocimientos y de energías ex-tradicionalismo trañas en el organismo social de las naciones, si se verdadero adaptan al medio social científicamente entendido y a las propias circunstancias existentes. La fórmula del estadista japonés, «veo, adopto y adapto», encierra todo el secreto de la transformación rápida, prodigiosa, consciente y segura de aquel gran pueblo. Un tradicionalismo así significa ante todo una emoción honda y fecunda del pasado y un amor serio y humano hacia la raza y hacia la patria. Nos recuerda, si se trata de nosotros, que somos latinos, pero antes que latinos españoles y antes que españoles americanos; para que, sacando de nuestra conciencia colectiva —como diría el argentino Manuel Gálvez— de nuestra historia, de nuestra stirpe y de nuestro ambiente, lo americano, lo español y lo latino que hay en nosotros podamos fundirlo todo en una fragua común y ofrecer al mundo una civilización original y propia.

La literatura y el arte, en este sentido, tienen un carácter eminentemente representativo. Productos genuinos del medio social y del medio físico, revelan los sentimientos, las costumbres y las ideas de los pueblos. La literatura, sobre todo, nos descubre el alma colectiva en lo que ésta tiene de más íntimo y de más eterno.

El alma española antigua, por ejemplo, no será nunca olvidada porque ella vive en las iglesias de la Edad Media, en los mármoles del Montañés, en los cuadros del Greco y de Goya, en los versos del Romancero y el Teatro, en los libros místicos de Teresa y Juan de la Cruz, en las novelas picarescas, en el *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

Don Quijote como lazo de unión entre España y América Hispánica, puede significar *la lengua* y puede significar *el alma española*. Porque el libro de Cervantes es en la literatura española la obra más profunda y representativa, el documento literario y social más expresivo.

Hemos dicho que puede significar la lengua. El Quijote, que es un modelo inimitable de naturalidad, de gracia reposada y sonriente, cristaliza, por decirlo así, el carácter de la lengua castellana, las corrientes genuinas de su desarrollo actual y futuro, la libertad de su sintaxis, la armonía de sus sonidos, la virtualidad de sus giros y figuras. A pesar de su edad y «a pesar de las negligencias y de las faltas, cruelmente catalogadas por los gramáticos, es en ese texto incomparable —dice Merimee— en donde siempre habrá que aprender el castellano, lo mismo que cada vez que se necesite, habrá que venir a buscar en esa Biblia las lecciones de la sabiduría práctica». «La lengua de Cervantes —confirma Cejador— es la lengua castellana en sus dos fases, erudita y vulgar, de aquel momento precisamente de su mayor apogeo, cristalizada en el mejor libro de nuestra literatura y por el más sincero, experimentado y culto de nuestros ingenios». El mismo Cejador ha demostrado, en una obra maravillosa de erudición filológica, que el Quijote contiene la gramática y el diccionario completos del idioma de Castilla.

Es nuestra lengua un inagotable registro donde duermen y esperan nuestro toque, para convertirse en espíritu de la raza; poseemos en ella un maravilloso medio de unión que nos hace en cierto modo ciudadanos de una patria inmensa cuyos límites están comprendidos entre los Pirineos, California y el Cabo de Hornos. Aquí reside uno de los secretos del valor y del porvenir de nuestro idioma, que debemos cultivar como un órgano precioso y cuidar con tesón y cariño para hacer de él, en el Olimpo del verbo internacional, una deidad de primer orden. El idioma es uno de los fundamentos esenciales en que descansa la nacionalidad y descuidarlo, como descuidar la historia —lo hemos dicho en otra ocasión— es la mayor de las claudicaciones de un pueblo; es como perder el sentimiento de sí mismos y dejar que se disuelva y anule la personalidad. «Entended —gritaba un profesor alemán, Fichte— que una lengua no es sólo una colección de sonidos y de palabras, distintas de los sonidos y palabras que usan otros pueblos: es toda una mentalidad, es una manera de ver la vida, es todo un sentido para la obra entera, espiritual y corporal del hombre, es lo que marca el sello indeleble de un pueblo, en la obra de la civilización». Creciendo nuestras nacionalidades por

aluviones de inmigración de la más varia procedencia, es necesario, es urgente pensar ya en la necesidad de resguardar y fortalecer todo aquello que, como la lengua, constituye una energía fecunda y asimiladora. Y esta lengua —para José Enrique Rodó— no puede ser otra fundamentalmente que aquella que las vincula a la tradición humana de la civilización; que las vincula entre ellas mismas, manteniendo para lo porvenir el lazo de una unidad preciosísima, que dentro de cada una de ellas sirve de vínculo con el propio pasado y de expresión connatural a todos los accidentes de la vida. Hacia la conservación y la pureza del castellano deben tender, pues, todos nuestros esfuerzos ya que es posible, conscientemente, detener las corrupciones sin perjuicio de la transformación progresiva que obedece al genio de la lengua. La naturaleza íntima, la índole propia de la lengua, la identidad de su esencia, se conserva, a pesar de esta transformación progresiva, al través de los grandes monumentos del Castellano, desde el Poema de Mío Cid, las Siete Partidas y La Celestina, hasta el Quijote, el Lazarillo de Tormes y Pepita Jiménez. Y conste con todo esto que no sostenemos la inalterabilidad de la lengua castellana —hecho evidente que explican de consuno la evolución psicológica, los hábitos fisiológicos, el ambiente, etc., etc.— sino que, al contrario, en vista de ese peligro y de la rápida transformación que se opera en la América hispana, recomendamos redoblar nuestros afanes por la corrección sistemática de los defectos y corrupciones del lenguaje y por el estudio de la gramática y los buenos hablistas, para mantener la identidad esencial, ya que creemos un mal negocio social y político —si de nosotros dependiera— la separación lingüística preconizada por algunos fanáticos con ínfulas de eruditos. Ni tratamos tampoco de recomendar un purismo exagerado, de escribir en el lenguaje de Cervantes o de fomentar un furor ciego a todo lo que nos venga de fuera y lo que no esté sancionado por los años y por la Academia de la lengua. Sabido es que el vuelo prodigioso de las ciencias y las artes, los nuevos usos y costumbres, las revoluciones sociales y políticas, la difusión intelectual, las condiciones regionales, reclaman nuevos vocablos para expresar nuevas ideas, y sería crimen de lesa cultura, de lesa independencia y pedantería odiosa cerrarles las puertas a tales vocablos, si se acomodan al carácter del idioma o si se puede alegar en su favor un uso respetable, general y actual, según se manifiesta en las obras de los más afamados escritores y en el habla de la gente de esmerada educación. Si este castellano, el castellano de la gente educada, el castellano literario, que está por encima de los dialectos regionales, es el tipo ideal para la unidad de nuestra lengua en América y España, el Quijote tiene que ser el modelo de aquel tipo, y el estudio concienzudo y amplio del lenguaje de Cervantes, un fortísimo lazo de unión entre la Península y el Continente.

Pero el Quijote —según dijimos más arriba— puede significar Don Quijote y el también el alma española. Porque el Manco de Le-  
 alma española panto, desde la altura de su robusto talento, de su

observación y de su fantasía, adonde no llegaban influencias perturbadoras, escuchó toda la múltiple revelación de los sentimientos de la sociedad hispana y con valiente pluma hizo el proceso de los vicios infamantes y el panegírico de las cualidades excelsas de su pueblo. Recogió todos los estremecimientos del alma española y los hizo palpar en su maravillosa producción artística. Por ellas se siente el rumoroso aleteo de las ternuras y suaves murmullos de todas las esperanzas y todos los consuelos; por ella se siente desfilan la psicología ibérica con su gracia y gentileza, con sus amores ardientes y sus pasiones sensuales, con sus instintos egoístas y sus virtudes caballerescas, con su delirio de grandezas, con su exaltación visionaria y mística, con su espíritu práctico, positivo y algo supersticioso.

Pero estrechos los límites de la Península para el genio inmenso Don Quijote y el surable del mago, auscultó el corazón de la Humanidad y puso sus latidos en el corazón de sus personalidades. Abarcó el universo y observó en su novela que, a pesar de las diferencias étnicas y de las particularidades nacionales, establecía un vínculo de unión entre los hombres la comunión de fuerzas psicológicas, más acentuadas en unos que en otros, puesto que en su expansión influyen factores secundarios, pero casi todos existentes. Así, a pesar de la concepción eminentemente española de la obra y del colorido peninsular del principal de sus personajes, el Quijote, como don Juan, como Hamlet, como Fausto, es de aquellas producciones que tienen el privilegio de trazar en los tipos a que dan vida las líneas que caracterizan la fisonomía moral de los hombres, vivan éstos en las frías zonas hiperbóreas o bajo el sol candente de las regiones tropicales. El Quijote y su escudero son así la historia de una existencia vivida en todas partes y en todos los tiempos. Podrían los individuos diferenciarse mucho en el grado de intensidad de las manifestaciones de su organismo psicológico o de su vida psíquica, pero la naturaleza ha prescrito para todos los individuos idénticos impulsos que en todos palpitan, aunque con distinta fuerza y desigual imperio, según los factores que obran sobre los seres y que intervienen en la elaboración de la individualidad de cada uno.

Don Quijote y Sancho pueden eruirse en símbolo de aquella comunión de fuerzas que establece un lazo de fraternidad universal entre las razas y crea la igualdad de todos los miembros de la gran familia humana, al rededor de principios inmutables. Por eso su leyenda tiene interés para los pueblos que alientan bajo las diferentes latitudes y en todos los tiempos. Por eso la obra de Cervantes, compuesta desde un tan alto punto de vista, resultó grande y hermosa, sentida y humana. Todo en ella tiene el sello de la verdad. Y reuniendo con lazo de oro lo cómico con lo solemne, lo trivial con lo sublime, dio a su producción el carácter de una fotografía animada de la realidad con todas sus palpitations resonantes y pletóricas. «Cuando la potencia de creación artística alcanza un grado tan excelso

—habla Gabriel Alomar— entonces la inmortalidad no es una vana metáfora; el artista no escribe: habla; el lector no va recorriendo fríamente las líneas del volumen, inexpresivas, indiferentes a su propia significación: el libro se transfigura, desaparece de las manos, y el oído escucha la confidencia sabrosa y efusiva del autor, la confidencia inmortal repetida a todas horas, pronta siempre, y la siente repetirse al infinito, en lo porvenir, asombrando de admiración a las generaciones futuras inagotables, rodeándose de un prestigio casi religioso, depositando el beso del arte sobre la fantasía adormecida de las almas que se abren, y transmitiendo la vieja sentimentalidad nacional a las más lejanas y oscuras encarnaciones del arte.»

Este ideal que abarca a la humanidad entera y, sobre todo, esta vieja sentimentalidad nacional, ese santo amor a las bellas utopías, esa exaltada confianza en sí mismo, flor de juventud y de vida, esa vena ensoñadora que nos eleva sobre las materialidades de la vida y que Azorín juzga tan indispensable para la realización de todas las grandes y generosas empresas humanas, eso es lo que debemos hacer manar del Quijote para establecer otro lazo de unión entre España y América Hispánica.

La hora actual reclama de nosotros los suramericanos todos El materialismo actual los esfuerzos y las energías de que somos capaces, para impedir que sucumba la vida espiritual que nuestros abuelos nos enseñaron a vivir intensamente, entre la vorágine materialista y utilitaria que vamos atravesando, entre esa veneración fetichista hacia el dinero que reemplaza al culto de los valores morales e intelectuales.

El idealismo colectivo de la raza parece que se va convirtiendo Utilitarismo en algo como un valor tradicional, mientras el idealismo escéptico materialismo impera por doquier y se impone con clamores de triunfo. La tendencia utilitaria es justa, es necesaria, es salvadora; pero a condición de que no se convierta en un ídolo fenicio que lance el rayo destructor contra todo lo humano; contra toda la cultura que ennoblece y embellece la vida y que, en parte, tenemos incorporada los latinos en el organismo social. Los educadores prácticos actuales que piden laminar la edad de ensueño y de ideal de la juventud en el yunque de la utilidad, para que produzca económicamente pronto, nos parecen tan insensatos como los agricultores que dieran en arrancar de los árboles las flores para que viniese más luego el fruto.

«Cuando cierto fortísimo y vulgarizado concepto de la educación Educación utilitaria que la imagina subordinada exclusivamente al fin utilitario —enseña Rodó— se empeña en mutilar, por medio de ese utilitarismo y de una especialización prematura, la integridad natural de los espíritus y anhela proscribir de la enseñanza todo elemento desinteresado e ideal, no repara suficientemente en el peligro de preparar para el porvenir espíritus estrechos, que, incapaces de considerar más que el único aspecto de la realidad con que estén inmediatamente en contacto, vivirán separados por helados desiertos de los espíritus que, dentro

de la misma sociedad, se hayan adherido a otras manifestaciones de la vida. Ser incapaz —agrega— de ver de la Naturaleza más que una faz de las ideas e intereses humanos, más que uno solo, equivale a vivir envuelto en una sombra de sueño horadada por un solo rayo de luz. La intolerancia, el exclusivismo, que cuando nacen de la tiránica absorción de un alto entusiasmo, del desborde de un desinteresado propósito ideal, pueden merecer justificación y aun simpatía, se convierten en la más abominable de las inferioridades cuando en el círculo de la vida vulgar manifiestan la limitación de un cerebro incapacitado para reflejar más que una parcial apariencia de las cosas.»

Sugerir ideales —ya lo dijo Carlos Octavio Bunge— he ahí Sugerir ideales el más alto fin de la educación. Reconquistemos, pues, la vida espiritual por la educación de los ciudadanos, por el racional estudio de nuestra alma colectiva y la sugestión de los viejos ideales, que el creador del Hidalgo Manchego supo aprisionar en su obra, repertorio inspirado de vida, radioso como un poema de amor, profundo y sapiente como una biblia; analítico e implacable como un tratado de patología social; consolador y nobilísimo como un excelsior de grandezas, que exterioriza las fuerzas misteriosas generadas en el interior recóndito de los corazones, esas fuerzas que mueven a los hombres y determinan y dirigen el oleaje que mantiene a las sociedades en movimiento permanente y tumultuoso.

El Quijote es, sin duda, el libro que puede erigirse en símbolo. El Quijote símbolo glorioso de la unión ibero-americana y convertirse glorioso, fuente en *removedor de las conciencias y sembrador de* de sugestiones *ideales, impresionador de sentimientos, impulsador de voluntades*. El distinguido literato Gabriel Alomar lo ha confesado: «Como fuente de sugestiones, como punto inicial para las aventuras de la fantasía no conozco ningún libro mejor. Para concentrar en una sola visión páginas infinitas de la historia, tampoco sé de otros que con él puedan competir.»

«Durante largo tiempo —anota una insigne autora— la obra de Miguel de Cervantes Saavedra estuvo entregada a críticos y eruditos; se lo estudió, discutió, como una obra anatómica; se lo



so por el mundo. Tal vez toda la literatura modernísima española se cobija a la sombra de esta figura que creara hace tanto tiempo la fantasía de un hidalgo en decadencia. Y han pasado siglos de varia historia, se han sucedido unas ideas a otras, unas a otras tendencias, pero el alma de la raza que emerge en las grandes obras de arte continúa la misma, igual hoy a aquella que Cervantes esculpiera para siempre. «Se diría que la sombra gigantesca de Don Quijote se refleja sobre toda la historia de su pueblo, anima las armaduras inmóviles en los rincones pacíficos de los museos; hojea febrilmente las páginas polvorientas y venerables en las salas dormidas de las bibliotecas, a la luz agónica de los velones; vela las armas olvidadas en los patios de las ventas manchegas; hace resonar con heroico chirrido de herraje los desvanes de los castillos abandonados y marcha, siempre enhiesto, inmovible, a la vanguardia de los ejércitos imaginarios.»

«Día llegará —profetiza el español Francisco Cobos— en que El futuro de América por su población, por sus riquezas y por su América progreso, será la centuplicación grandiosa de la vieja Europa y la continuadora inspirada de su civilización secular y legendaria. Entonces América aparecerá revestida de grandezas no sólo materiales sino también intelectuales, como la inmensa Atlántida del porvenir; y en las multitudes innúmeras que la pueblen el genio de Cervantes seguirá irradiando gloria, difundiendo las maravillas filosóficas y sentimentales del idioma e infundiendo el alto sentir de la hidalguña castellana, el hondo rebullir del ciego embate de la valentía y el imaginario soñar de las almas desprendidas de la realidad terrena en busca de un más elevado y puro destino. Pero también seguirá infundiendo el llamamiento oportuno a las realidades espinosas de la vida para encaminar los actos por el equilibrio natural de los dos opuestos polos del espíritu.»

Pero son las imágenes del espiritualismo español las que de América y las bemos, preferentemente, presentar a nuestros conciudadanos, evitando al mismo tiempo toda influencia virtudes de la que nos descaracterice y nos impida afirmar nuestra estirpe índole americana.

No se trata, por supuesto, de que adoptemos el concepto de la vida que tienen los españoles, ni sus ideas, ni sus instituciones, pues ello sería contraproducentem y antipatriótico. Se trata, simplemente, de construir nuestro idealismo sobre el fondo español y el fondo americano de nuestra raza, raza latina, de espíritu latino y cultura latina, no obstante todas las mezclas.

Es necesario que nosotros vayamos recogiendo las virtudes de la estirpe, que nuestros hermanos de Europa comienzan ya a olvidar, y que no nos dejemos arrancar la fisonomía familiar, la casta española que nos dio vida.

Amemos a España con toda el alma. Es uno de los más nobles pueblos que han existido sobre la tierra. Amemos su idioma, su arte, su literatura única y mara-

villosa, su historia, que es una de las más hondas y vastas fuentes de nobleza, de energía, de valor, de idealidad, que hayan existido sobre el mundo. No reneguemos de nuestro origen espléndido, no empañemos el brillo de nuestra prosapia ilustre ocultando el blasón de los abuelos audaces.

Miremos al arcano ancestral —clamaba un compañero nuestro— miremos al arcano ancestral para que así podamos interpretar sabiamente las incertidumbres del presente y preparar con ágil seguridad el porvenir amigo. Tratemos de llegar al fondo sereno de las cosas; no seamos como esos espíritus superficiales que por reparar en las pequeñas diferencias no advierten las profundas semejanzas, no ven la perdurable identidad de nuestra raza pujante, que hace revivir el espíritu latino eternamente vencedor.

Raza vencedora, nueva y secular, en perpetua renovación, salud y loor a tu evolución creadora, ya sonriente como en los versos de Horacio cuya frente helénica coronaron las simbólicas hojas de viña, ya bravía y certera como en la espada de César que desgarró las Galias para fecundarlas; ya sabia como en los aforismos lapidarios de Papiniano que prefirió perder la cabeza pensadora antes que defender un crimen nefando! Raza ibérica, raza nuestra, raza única; tú estás en esta tierra que es tuya porque fueron tus espadas conquistadoras las que violaron el misterio de estas selvas y trazaron ciudades señoriales; porque fueron tus férreos e indomables castellanos los que aquí clavaron los jirones de sus estandartes vencedores. Su garra acerada de hombres de presa y hombres de fe, marcó una huella indeleble en nuestras almas bravías. Su paso triunfal por las selvas intactas fue algo como el tránsito de una caravana aventurera, el paso bienhechor de una procesión sembradora que iba derramando en los vientres fecundos la semilla sagrada.

Bendigamos y honremos a esos héroes épicos y legendarios que trajeron aquí nuestra raza, domearon América indígena y brava e hicieron resonar bajo las bóvedas verde-oscuras de las selvas vírgenes y milenarias la orquesta bronceada de la lengua española. Y sean estos abuelos de la conquista civilizadora y sea el Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha, Caballero de la Triste Figura que todo castizo castellano lleva metido en el alma, vínculo eterno de nuestra raza, gloria de nuestras leyendas, símbolo de nuestros sueños, de nuestras utopías, de nuestros amores, de nuestro heroísmo, de nuestro esfuerzo fecundo y renovado.





**JOSE DE LA CRUZ HERRERA**

Tres primeros premios por tres temas en prosa.





EL QUIJOTE COMO LAZO DE UNIÓN ENTRE ESPAÑA  
Y LA AMÉRICA HISPANA

POR

JOSE DE LA CRUZ FERRERA,  
DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS.

PRIMER PREMIO.

INDEPENDENCIA POLÍTICA Y SUJECIÓN IDEAL



L tomar parte con el desarrollo de este tema en las fiestas con que la América hispana quiere rendir tributo de admiración y gratitud al escritor incomparable, y colocar una corona más de laurel en la frente del genio, que legó a la nación ibera la obra inmortal de Don Quijote de la Mancha, pensamos involuntariamente en una aparente contradicción que abraza el corazón de la humanidad. Con afán y fatiga buscamos la independencia; la vida puede resumirse en la lucha por alcanzar esa

.....libertad preciosa  
no comparable al oro,  
ni al bien mayor de la espaciosa tierra;

y esa batalla que el linaje de los hombres libra sin descanso ha solido culminar en actos que le son motivo legítimo de orgullo, y que han enriquecido los anales del mundo con nombres gloriosos como los de un Viriato, un Vicente de Paúl o un Pasteur. Pero al lado de este impulso espontáneo, de esta sed insaciable, de este anhelo infinito, coexiste otro no menos dominante y natural: el de la dependencia, comunidad y sujeción: el arrimo de nuestros padres, el íntimo y estrecho abrazo de los hijos y la esposa querida, el grato sentimiento de la igualdad de origen y de la afinidad y lazos espirituales entre las gentes. El fenómeno se presta a consideraciones de profunda filosofía y a muy oportunas comparaciones: proclamando está la semejanza entre el mundo moral y el mundo material, y significando con su elocuencia muda la esencia de la libertad. Porque semejantemente al linaje humano, también los astros en virtud de fuerza natural se lanzan libres al través de los espacios inmensos; libres decimos, mas no tanto que

pierdan por un instante sus exactas relaciones con el centro común que los congrega.

El punto es en lo relativo a nuestra América de no insignificante importancia. Nuestros países, por más de tres siglos sometidos al dominio de España, alcanzaron la suspirada libertad después de inmolar en sus aras sangrientos sacrificios; y desterrados los seculares dominadores, disueltos los vínculos políticos con ellos, la Virgen del mundo se encaminó por sí sola al cumplimiento de su misión providencial. Una herencia le dejaron: la lengua regalada y armoniosa que ha cantado todas las glorias, que ha gemido todos los dolores, que ha suspirado todos los anhelos, que ha sonreído todas las gracias del género humano. Pues esa herencia es monumento vivo que nos recuerda nuestro pasado y nos hace enorgullecer de haber estado un día sujetos al dominio de hombres que antes llamábamos tiranos nuestros, y que hoy nos gozamos en apellidar nuestros hermanos predilectos. Ella nos invita ante todo a fortalecer y estrechar cada día más los lazos de nuestra unión, y por ella nos place considerar que en cierto modo pertenecemos aún a la Corona castellana.

Tan lejos vamos los americanos en nuestro cariño a la dependencia ideal de Castilla por la lengua, que atendiendo a los latidos del corazón más bien que a señales y pruebas evidentes y verdaderamente alarmantes, se oye proclamar con harta frecuencia, aun por los hombres leídos, que es imposible la transformación del idioma castellano en nuestro suelo. El aludido sentimiento de amor no lo contradicen sino individuos enfatuados y a manera de renegados inconscientes que, haciéndose eco de prejuicios extranjeros y repitiendo de éstos frasecillas despectivas y calumniosas, pretenden pasar por hombres modernos, espíritus científicos y avanzados: éstos son los llamados *intelectuales*, de que tan donosa y merecidamente se burla Narciso Alonso Cortés. Voces conscientes en este sentido son verdaderamente esporádicas, como la de Juan María Gutiérrez, cuando devuelve a la Real Academia Española de la Lengua el título de miembro de esa corporación, con carta donde manifiesta su deseo de la separación lingüística; y la menos violenta de Oswaldo Magnasco, al justificar los barbarismos de sus traducciones del Lírico de Venus con la peregrina defensa de que tiene fe profunda en la influencia sociológica que modifica paulatinamente los idiomas, y con una interpretación superficial y nada exacta del conocido principio horaciano:

Multa renascentur quae jam cecidere, cadentque  
Quae sunt in honore, vocabula, si volet usus,  
Quem penes arbitrium est et ius et norma loquendi.

De modo semejante a Gutiérrez procedió el ilustre Ricardo Palma, mas guiado por móviles en que se deja traslucir el despecho personal.

#### GRAMÁTICA Y FILOLOGÍA

No hay duda después de todo: el castellano *hablado* de la América hispana bien puede decirse que en rigor no es *castellano*

por más que nos pese de esta verdad. Nuestra lengua hablada cabe sólo dentro de la genérica y poco precisa denominación de *lengua española*. Muy avanzada anda ya la diferencia fonética entre la lengua castellana y nuestra lengua popular, y tal divergencia fue siempre la base del divorcio lingüístico. Pasemos revista a las consonantes, y encontraremos cuánta es la distancia que media entre la pronunciación castellana, y en general, entre las pronunciaciones peninsulares de gran número de ellas, y las pronunciaciones americanas, ya siempre, ya mediante influencia de sonidos cercanos, ora a virtud de la posición que ocupan. La *c*, la *d*, la *g*, la *j*, la *ll*, la *n*, la *z*, entre otras, se prestan para una fácil y pronta comprobación.

Ni es posible que aquí quede estancada nuestra diversidad fonética: las mencionadas peculiaridades de pronunciación tienen que considerarse como resultado de hábitos fisiológicos de los órganos vocales, lo que a priori nos demuestra que dicha divergencia entre la lengua hablada y la escrita tiene que ser progresiva: a virtud de las leyes del menor esfuerzo fisiológico, tan familiares a los estudiantes de lenguas, o sean, la permutación, la asimilación y la disimilación, vienen otros cambios como consecuencia, que, junto con las alteraciones determinadas por las posiciones orgánicas en cada caso particular, tienen influencia en nuevos cambios vocálicos y consonánticos. Los hábitos fisiológicos de que hemos hecho mención como base de toda esta serie de mutaciones tienden a perpetuarse, perpetuando así en la lengua variantes que cada día se harán mayores. Estos son razonamientos correspondientes a hechos de verificación constante. Tomemos el castellano *boñiga* por ejemplo. La tendencia genial de nuestra fonética (*des-horonar, des-moronar*) trocó en *m* la *b*, y resultaron *hoñiga* y *moñiga*, fundamentos de mutaciones paralelas: las labiales *b* y *m* convirtieron en *u* la *o* protónica, y surgieron *buñiga* y *muñiga* (la primera usual en Bogotá, bien que no la encontremos registrada por Cuervo); finalmente, las dos palatales que siguen a la *u*, a saber, la *ñ* y la *i*, determinan la presencia de la *n* netamente americana, también palatal y muy posterior, para que sirva como de escalón y suave paso hacia la gutural *g* que sigue, y resulta el panameño *muñinga*.

El análisis de esta palabra solamente, muestra realizados la mayor parte de los fenómenos esbozados en lo que precede.

Hasta aquí, sin embargo, no hay, bien miradas las cosas, un peligro tan grande, mientras, como hasta ahora, puedan los hombres pensadores sustraerse en el lenguaje escrito y literario a las prácticas populares. Pero hay otros peligros mayores que la evolución fonética, a saber:

1° La evolución psicológica, que siempre fue causa de formaciones abusivas y de significaciones caprichosas: unas logran carta de naturaleza, otras siguen flotando en los labios de las muchedumbres y abriéndose paso entre las gentes eruditas, quienes dejarán escapar sus patavínismos en sus escritos a cada triquete, e introducirán de esta manera el desconcierto final. Ahí está por ejemplo la palabra *manotada* con significado provincial de *almuerza* o *almorzada*, estudiada por Cuervo.

2º La traslación metafórica del sentido de expresiones ya muertas en la Península, al menos para el significado que tenían, pero que, introducidas por los conquistadores y colonizadores, siguieron el curso ideal que supo darles la imaginación criolla, y así transformadas se conservan. Al llegar don Quijote a la venta donde fue armado caballero, estaban acaso a la puerta dos mujeres del partido, o sea, dos *traídas y llevadas*, como dice más adelante (1). La expresión ha muerto en España para designar las mujeres de mala vida, pero la palabra *traída*, en la forma *tráida*, según la ley de la diptongación de las vocales en hiato, se conserva en Bogotá, aunque tampoco la encontramos estudiada por Cuervo, no sólo para mencionarlas, sino extendido su significado en ambas terminaciones, *traído*, *tráida*, a señalar personas que por cualquiera causa no consideramos dignas de nuestro aprecio. También Cervantes (2) trae el sustantivo *candelilla* con el valor de *velita*; y el pueblo panameño lo aplica a ciertas hormigas, el efecto de cuyas picaduras parece proceder de la acción de la candela; o, junto con Chile y otras regiones, lo emplea en expresiones como ésta: «Le dio tal puñetazo, que le hizo ver candelillas». A estas significaciones metafóricas agregaremos que los granujas panameños llaman también *candelilla* a un pedazo de cigarro que colocan en la boca, o una mechita en cualquiera parte del cuerpo, de personas que duermen en lugares públicos, para que al consumir el fuego dichos objetos, queme y despierte a sus víctimas.

3º La conservación entre nuestros campesinos y gente iliterata, del valor de antiguos modos de decir, ya olvidado en el uso del pueblo peninsular, y en la práctica literaria de la gente culta. De dichas expresiones unas se usan en su forma primitiva, y otras son alteradas, a veces profundamente, por la acción fonética progresiva. Es de Cervantes (3) la siguiente expresión: «El mancebo venía hablando entre sí cosas que no podían ser entendidas de cerca, cuanto más de lejos». *Cuanto más* ha pasado a ser anticuado construido como aquí después de oraciones negativas; la gente culta dice en este caso *cuanto menos*; pero no así el pueblo panameño, quien sigue diciendo como en nuestros buenos tiempos de la Edad de oro. En el distrito de Balboa, provincia de Panamá, hemos oído: «No tengo pa comprá forminante, *contimá* una tercerola», que traducido en romance significa: «No tengo para comprar fulminantes, *cuanto más* una escopeta», o sea, *cuanto menos*, que es lo culto en el día. Constituye todo esto pasos seguros hacia la transformación lingüística en medio de nuestras masas de pueblo sin cultura literaria, que conserva dichas expresiones, las propaga, las hace emplear de los hombres letrados, y les hace obtener así el sello de autoridad que imprime un uso constante y respetable.

---

(1) Quijote, I, Cap. II.

---

(2) Quijote, II, Cap. XXV.

---

(3) Quijote, I, Cap. XXIII.



4º La sintaxis, ya harto divorciada en la lengua vulgar de la de la lengua literaria. Tan lejos nos llevaría un estudio completo de este punto (y otro tanto pudiéramos decir con relación a los tres precedentes) que romperíamos la unidad de este trabajo. Contentémonos, pues, con mencionar los ejemplos siguientes: a) La pérdida de la segunda persona de plural en el verbo: «*Sean* buenos, niños», dice un padre a sus hijos invariablemente; b) Como consecuencia, la prioridad de la tercera persona gramatical sobre la segunda: «Tú y tu hermana *andan* muy 'togadas' siempre»; c) El empobrecimiento de nuestros giros y de nuestras construcciones, sacrificando nuestros tesoros, ya en aras de la ignorancia, ya so pretexto de una fementida lógica de la lengua: «Yo soy el que se halló presente», deciden que es la forma correcta, con exclusión de «yo soy el que me hallé presente» de Cervantes (1). «Los infrascritos ante vuestra autoridad exponen», quieren que se diga, en vez del giro tradicional castellano, *exponemos*; y tanta es la aberración, que hemos visto a un escritor panameño acremente tildado de «mal gramático» por haber empleado la asendereada construcción. «Quien a buen árbol se arriba buena sombra le cobija» es construcción netamente castellana, como se puede comprobar con inmensa copia de ejemplos de los clásicos, en que *quien* sin preposición, desempeña el oficio de complemento acusativo en estas oraciones sentenciosas; pero dicho complemento tiende a convertirse en *a quien*, para salvar los fueros de reglas antojadizas, si bien en los dos ejemplos anteriores se invoca la autoridad de la lógica, que jamás guardó paridad absoluta con la gramática. Otro tanto ocurre con notables casos de concordancia adjetiva o verbal; y a veces ni don Andrés Bello se libró de la fatal tendencia. En resumen, vamos convirtiendo el idioma que heredamos, en un cadáver embalsamado, vamos olvidando las salerosas maneras de decir de nuestros mayores, y se van desvaneciendo los refranes, tesoros de donaire y tersos manantiales de casticidad, al par que monumentos de la experiencia del pueblo. Nótese que casi todo el contenido de este punto 4º se refiere a la lengua erudita, que es la que fija los idiomas.

5º Lo que bien pudiéramos llamar *la irrupción de los barbaros*, el empleo de innecesarios barbarismos para designar objetos de uso constante, por lo que son más amenazantes y peligrosos. Incontable legión son los de origen inglés plebeyísimo de que está atestada el habla istmeña; que aquí oímos hablar de *paipas*, *guachas*, *guachimanes* y *lonches*, y de *reportar* a un empleado por mala conducta.

Para hacer más obscuro el porvenir del castellano en América, muy pcco es lo que acá se lee la buena literatura de España. El pasto espiritual de las masas populares son los libros extranjeros vertidos por traductores adocenados; las gentes con barniz literario gustan de saborear los manjares de Albión o de Galia tal cual salen de sus hornos, o a mucho conceder, los que, si bien preparados en España, fueron vaciados en los moldes y ataviados con los para ellos apetitosos perfumes de las naciones

(1) Quijote, I, Cap. XXIX.

mencionadas. Todos, no obstante, aman su lengua con intensidad, aunque sólo el menor número, los hombres verdaderamente ilustrados y de sólida cultura literaria, son conscientes de que el más acertado medio de que viva y prospere en toda su pureza y esplendor es acudir a sus fuentes cristalinas y estudiarla en sus representantes más autorizados.

De los análisis que preceden salta la conclusión como una flecha. La transformación del castellano en América es un hecho fatal. Más todavía, estamos íntimamente convencidos de que no sólo resultará, como se ha dicho, *la lengua hispanoamericana*, sino varias lenguas hispanoamericanas. ¿Dentro de cuánto tiempo? Eso no nos es dado predecirlo.

#### CONTRADICCIÓN APARENTE

Parce, pues, una contradicción que, asentando tan sinceramente la conclusión anterior, vengamos a buscar símbolo de unión en lo literario, que mantenga la unidad de la lengua en los pueblos hermanos.

Por muy persuadidos que estemos del porvenir de nuestra lengua, y acaso a causa de ello, debemos ayudarnos de cuantos recursos estén a nuestro alcance para retardar en lo posible el desenlace. Según la feliz expresión de Cuervo, el estar bien seguros de que nuestro cuerpo ha de ser pasto de gusanos no es motivo para que no lo cuidemos y acicalemos. No hay, por otra parte, fuerza capaz de impedir el movimiento universal de todo lo humano, hacia donde encuentra mejor realizado su deseo de sociabilidad, que es símbolo terreno de la unidad a donde tienden todos nuestros anhelos. De la persuasión del rompimiento lingüístico no puede sacarse válido argumento opuesto a dicho esfuerzo, pues nunca podrá justificarse la lucha contra las naturales tendencias del corazón, que brega por conservarse en la vida, por perpetuarse; y el corazón español de ambos continentes comprende de modo espontáneo que aun cuando se hubiere divorciado la unidad del castellano, vivirá eternamente en los monumentos imperecederos del idioma común.

Fuera de la actual unidad lingüística con España, que anhelamos cultivar y perpetuar en lo posible, americanos y peninsulares deseamos, no solamente deseamos, sino que necesitamos, otra unión, del orden político. Los débiles necesitan el arrimo del común regazo para poder crecer y desarrollarse, para poder llegar sin caídas, a veces mortales, a la cumbre de la vida: sólo marchan en aislamiento frío, sin mirar en su redor nada común con su sangre, aquéllos que ignoran su origen o que, conociéndolo, lo aborrecen. No es lícito ni uno ni otro al hispanoamericano. Hispano América debe consolidar su unión con la nación grande y valerosa que desde más allá de los mares le abrió con un soplo poderoso de su genio, los caminos de la cultura; la que sabe comprenderla y amarla; la única en cuyo afecto no vienen escondidas las garras de la codicia; y la que posee instituciones, costumbres, sentimientos e ideales que explican por sí solos por qué el espíritu de allá bulle siempre en las obras de acá. El eminente don

Juan Vázquez de Mella ha sintetizado este anhelo en las siguientes palabras:

«Una confederación tácita en pie de igualdad, pero con la primacía de honor para la madre, que puede resolver con el arbitraje en que se juntan la justicia y el amor, las discordias interiores de sus hijos, formaría, estrechando los vínculos intelectuales y comerciales con un creciente intercambio espiritual y material, *los Estados Unidos del Sur*, que contrapesaría la acción sajona de *los Estados Unidos del Norte*.

«España, descubridora y civilizadora del Nuevo Mundo, es geográficamente la parte más avanzada de Europa que sale al encuentro de América y que tiene la misión de estrechar las relaciones entre los dos centros, que son la sede de la civilización en la tierra.» (1)

#### EL LAZO DE UNIÓN

Ahora bien, decimos que no hay para simbolizar la unión en toda su latitud obra con mejores títulos que Don Quijote de la Mancha, del Manco inmortal cuyo recuerdo celebra Panamá con estos Juegos Florales, como una nueva prenda de adhesión y amor a la patria común que vio mecer su cuna.

¿Por qué cabe tan señalado honor a la obra de Cervantes? No es el presente un trabajo de detallada crítica cervantista, pero nos vemos constreñidos a entrar en algunas consideraciones para justificar nuestra proposición.

los monografistas empeñados en desentrañar de su obra maestra sentidos ocultos. Existe todo un ejército de cervantófilos: Morejón, Caballero, Gamero, Sbarbi, Villegas, Landor, Montalvo, —la lista sería interminable— que se propusieron mostrar al Manco geógrafo, jurisperito, marino, teólogo, economista, cocinero, sastre, etc.; y, a ejemplo de ellos, el colombiano Carlos Martínez Silva lo revela nada menos que como escritor político. Dice Sancho al espléndido Duque, que pocas letras tenía, porque aun no sabía el A, B, C; pero bastábale tener el *Cristus* en la memoria para ser buen gobernador (1): de aquí deduce Martínez Silva que con ello quiso explicar Cervantes toda una profunda teoría del gobierno de los pueblos. Y para muestra un botón. No parece sino que todos estos críticos tomaran muy en serio el catálogo de conocimientos recitado a don Lorenzo por el héroe manchego, indispensables para el ejercicio de la caballería andante (2) y que confundieran al genio creador con el hijo de su imaginación.

A este respecto es oportuno citar el hallazgo hecho en el Quijote de la siguiente expresión casualmente ajustada a un ritmo de los usados en el día, y que al transcribirla en líneas separadas quedaría de esta manera:

«non toca ni atañe  
facerle a ninguno  
cuanto más (3) a tan altas doncellas  
como vuestras presencias demuestran». (4)

La curiosa ocurrencia ha hecho exclamar donosamente a Rodríguez Marín: «¡Buena ocasión para una monografía por el estilo de tantas otras: *Cervantes modernista!*»

Al prevalecer esta crítica esotérica quedaría negada la alta misión que la obra está llamada a desempeñar de acuerdo con la tesis que sustentamos. De hecho le faltaría la lozana espontaneidad, por ser obra de tesis, y tesis tan endemoniada quizás como las de aquellas teorías que la convertirían en una sátira social y religiosa, o en una serie de loas adulatorias o de veladas diatribas, actos y sentimientos que menos que todo sirven para establecer la cohesión de pueblos hermanos.

Esta manera de criticar el Quijote se explica, sin embargo. Cervantes, con sus prerrogativas de genio, realizó, sin sospecharlo, una doble síntesis: la de la humanidad por una parte, y por otra la de la patria. La de la humanidad, en esa ingenua inspiración que le llevaba siempre a exhibir, para emplear las palabras de don Miguel Antonio Caro, «el contraste perpetuo entre el espíritu poético y el de la prosa, o en otros términos, dos tipos

---

(1) Quijote, II, Cap. XLII.

---

(2) Quijote, II, Cap. XVIII

---

(3) Véase página 82.

---

(4) Quijote, I, Cap. II,

simbólicos, como se acostumbraba en la Edad Media: el alma, que solicita heroicas aventuras, y el cuerpo, que de ellas se caute-la». Y este humano, agregamos nosotros, no se realiza únicamente con el contraste entre los dos tipos simbólicos: don Quijote sólo suele bastar para ello cuando, habiéndolo abandonado accidentalmente su idealista y caballeresco frenesí, discurre gallardamente sobre las cosas y fenómenos de la vida. Oigámoslo sobre los caballeros falsos y los verdaderos: «Ni todos los que se llaman caballeros lo son de todo en todo; que unos son de oro, otros de alquimia, y todos parecen caballeros; pero no todos pueden estar al toque de la piedra de la verdad. Hombres hay bajos que revientan por parecer caballeros, y caballeros altos que parece que aposta mueren por parecer hombres bajos: aquéllos se levantan, o con la ambición, o con la virtud; éstos se abajan, o con la flojedad, o con el vicio, y es menester aprovecharnos del conocimiento discreto para distinguir estas dos maneras de caballeros, tan parecidos en los nombres y tan distantes en las acciones» (1) Ni la tendencia poética lo es siempre a extraordinarias aventuras, pues cuando tocado de la razón se enfrasca don Quijote en consideraciones filosóficas, morales o artísticas, se produce de modo tan acabado como cuando disertando sobre el deseo de alcanzar fama, y recordando los hechos de Horacio Coeles, Mucio Scévola, Curcio, César y Cortés, agrega: «Todas estas y otras grandes y diferentes hazañas son, fueron y serán obras de la fama, que los mortales desean como premios y parte de la inmortalidad que sus famosos hechos merecen, puesto que (2) los cristianos, católicos y andantes caballeros más habemos de atender a la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que a la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza; la cual fama, por mucho que dure, en fin se ha de acabar con el mismo mundo, que tiene su fin señalado: así ¡oh Sancho! que nuestras obras no han de salir del límite que nos tiene puesto la religión cristiana, que profesamos». (3)

Continuando el hilo de nuestro discurso diremos que realiza

---

(1) Parte II, Cap. VI. Más adelante, hablando sobre los linajes, dice que «unos tuvieron principios humildes y se fueron extendiendo y dilatando hasta llegar a suma grandeza; otros, que tuvieron principios grandes, y los fueron conservando, y los conservan y mantienen en el ser que comenzaron; otros, que aunque tuvieron principios grandes, acabaron en punta, como pirámide, habiendo disminuído y aniquilado su principio hasta parar en nonada, como lo es la punta de la pirámide, que respecto de su base o asiento es nada; otros hay (y éstos son los más) que ni tuvieron principio bueno ni razonable medio, y así tendrán el fin, sin nombre, como el linaje de la gente plebeya y ordinaria. De los primeros, que tuvieron principio humilde y subieron a la grandeza que agora conservan, sirva de ejemplo la Casa Otomana, que de un humilde y bajo pastor que le dio principio, está en la cumbre que la vemos. Etc.»

---

(2) Expresión que en lenguaje de la época equivale a *aunque*

---

(3) Parte II, Cap. VIII.

Cervantes la síntesis de la patria en la felicidad con que reafirma, al levantar bandera contra sus extravíos, el ideal caballeresco que, nacido al calor del cristianismo, se convirtió en carne de la carne y hueso de los huesos de su nación, en la característica que forma, digámoslo así, la clave de todas las grandes cualidades que hicieron de la patria el imperio más glorioso de cuantos ha contemplado atónita la tierra, y de los defectos que dieron en tierra con su poderío colosal.

Hemos dicho que se explican los extravíos de los cervantófilos: porque el Quijote es, como hemos visto, obra de un genio; y después de la obra del genio, que es espontánea, y signo de esplendor, viene siempre fatalmente la edad de la crítica, que es señal de decadencia: no puede el hombre de facultades menos poderosas y sintéticas que las del genio, abarcar ni comprender el grandioso conjunto, y lo rompe para analizarlo; pero como este trabajo, racional y todo, lo es de artificio, y como la imaginación debe entrar en él con principalísimo papel, muy pocas veces sale la verdad ilesa del examen, antes bien, con falsas imágenes que, por sus seductoras apariencias, toman en la mente asiento que no les corresponde. El caso de los cervantófilos es frecuente en la historia literaria.

En la actualidad tiene ya la crítica establecido el verdadero carácter del Quijote: no es obra de tesis; y acaso por ello mismo contiene más doctrina y más enseñanza que cualquier libro de ese género. Fue su único objeto deliberado, como dice Valera, burlarse de las extravagancias de los libros de caballerías, y, no obstante, se mostró él mismo perfecto caballero; y para usar de nuevo palabras de don Miguel Antonio Caro, en són de burlarse de la caballería hizo caballeresco el idioma.

#### CUALIDADES DEL QUIJOTE COMO VÍNCULO DE LAS ESPAÑAS

Hechas las observaciones que se han visto, estamos ya en completa posibilidad de contestar la pregunta que encabeza el segundo párrafo del capítulo anterior.

Ningún libro muestra como el Quijote los recursos de que es capaz la lengua castellana; y sintetizando con el príncipe de nuestros filólogos, él contiene la gramática del habla de Castilla en su forma más genuina. Es, pues, el código común que nos ordena dentro de unos mismos linderos en la más importante de todas las manifestaciones intelectuales; y en el momento en que llegue por desgracia la irrevocable separación de que antes hemos hablado, servirá todavía como monumento que recuerde sin cesar que descendemos de la raza más portentosa que fatigó los anales del mundo.

Pero considerando las cosas en el estado actual, vemos que al par de los donaires y formas literarias, los andalucismos y genialidades de la obra, todos los cuales florecen aquende los mares, muchos con vida vigorosa, cuando en la Península vegetan apenas malamente, también nos hacen saborear el sabor de una tierra extensa, gozar con la continuidad de la Madre Patria,

enorgullecernos de las extensas raíces del abolengo americano. (1)

Hablando del Cardenal Cisneros dice Lasalde que siempre fue España el país de la más pura democracia, y por eso se ha visto en ella con frecuencia a los hombres de más obscuro nacimiento ocupar los más altos puestos del Estado. Este espíritu democrático de la mejor conquistadora y colonizadora entre las naciones todas, lo manifiesta además la persistencia y comunidad de las razas en sus dominios, y las Cortes de Cádiz con diputados coloniales de color. Tal sentimiento democrático, heredado por sus antiguas colonias, quienes lo aquilataron en el crisol de sus infortunios, es uno de los timbres de orgullo de los hijos de América española. Será pues un lazo que estreche íntimamente a todas las Españas, el amor a la justicia, la indignación por la tiranía del fuerte sobre el desvalido, y el anhelo por la cristiana igualdad de los hombres, resumido en estas palabras de don Quijote, aunque sean dichas en ocasión injustificable en un entendimiento sano, excusable sólo por la locura del héroe manchego: «Me parece duro caso hacer esclavos a quienes Dios y naturaleza hizo libres.» (2) No se crea, sin embargo, que este sentimiento cristiano está confinado a cortas y sentenciosas frases como la que acabamos de transcribir aquí. Ese espíritu forma como el substráctum de la obra, e inspira al autor arranques y disertaciones hondamente sentidas y poéticamente concebidas y formuladas. Hemos citado ya parte del sabrosísimo coloquio entre amo y esudero (3), que es un himno perfumado al cristianismo; y otro tanto podemos decir de los consejos de don Quijote al fu-

---

(1) No sólo curiosas, sino sorprendentes, resultan las comparaciones en este punto. Cabe aquí decir lo mismo que atrás apuntamos a saber que un

turo gobernador (1), de la elocuencia con que explica los fines y remates de la virtud (2), etc.

Traduce también un sentimiento análogo al aludido, la amable llaneza y sencillez de carácter de los personajes, muy acertadamente interpretadas en la ingenuidad y desenfado de su prosa, que se desliza como corren los arroyos, reflejando la tersura y limpidez del cielo azul, al mismo tiempo que retratan las guijas de su fondo, fecundando la campiña, pero sin talar ni destruir: las flores que hacen brotar en su orilla, las aves que convidan a beber, todo nos mantiene ciertamente en la tierra, pero nos eleva a las regiones del ensueño.

Finalmente, no es el genio poético español de vaguedades y medias tintas; lo es de precisión y vigor de lineamientos, del realismo y profunda verdad de la vida: el pesimismo filosófico y el optimismo absoluto, ni nacieron en España, ni en España encontraron resonancia, fuera de los ecos pasajeros de la moda; y es la inspiración de Cervantes, habida cuenta de la ironía con que temple los excesos espiritualista y sensualista de sus protagonistas, tan natural, tan pareja y humana, tan sana y fortalecedora que, con su dulce halago satisface todas las potencias del alma: ni al entendimiento, ni al corazón, ni a los sentidos los lleva en impetuoso arrastre a estrellarse contra los escollos del dolor o a deleitarse en los turbios abrevaderos del placer, como fin de la vida. La lucha se muestra, pero es la que ordena la sabia naturaleza; el sufrimiento que traduce es siempre el lloro de quien sabe que está separado sólo por breve tiempo de la sonrisa de la esperanza realizada; canta, y su canto es de la fe en los grandes ideales humanos. Y envolviéndolo todo, el hálito de poesía que se cierne como para hacer más visible a cada paso la síntesis del espíritu español que constituye la obra.

#### SÍNTESIS

Resumiendo, El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha es un verdadero lazo de unión entre España y la América hispana, en cuanto se refiere a la conservación y pureza de la lengua, a la comunidad de intereses y tendencias políticas, a la semejanza de espíritu nacional, y a la identidad de ideales ultraterrenos.

---

(1) Parte II, Cap. XVII.

---

(2) Parte II, Cap. VI.







**LISANDRO ESPINO**

Segundo premio por uno de los temas en prosa.





EL QUIJOTE COMO LAZO DE UNION ENTRE ESPAÑA  
Y LA AMERICA HISPANA

POR

LISANDRO ESPINO

SEGUNDO PREMIO.

I



A culta y noble sociedad capitolina, tan pagada y orgullosa de los blasones y los timbres de la raza, con espontaneidad y entusiasmo, que proclaman su tradicional hidalguía y tierna sensibilidad a los reclamos de la sangre, acogió la hermosa y feliz idea de conmemorar el tercer centenario de la muerte de Cervantes, con actos dignos de tal acontecimiento, a cuyo fin dispuso encomendar la organización de las fiestas que más dijera con la dignidad y decoro de que cumple revestir el pleito homenaje que rendirle debemos, españoles e hispanoamericanos, al supremo maestro de la pluma castellana, y la dirección del desempeño de las festividades a una Comisión que, con exquisito tino y aplauso general, oportunamente eligió.

Esta Honorable Corporación, movida, a no dudarlo, del anhelo de que los festejos dedicados a honrar la memorable fecha que, andando el lento e imperturbable caudal del tiempo, había de marcar las tres centurias corridas desde que acaeciera el eclipse del astro más visible y refulgente de la espléndida constelación que ha alumbrado y alumbra el límpido y magnífico cielo de la excelsa literatura española, ostentaran las galas del buen gusto, ideó la celebración de Juegos Florales, cuyo concurso declaró abierto, bastantes meses hace, al mismo tiempo que, con envidiable acierto, fueron acordados los consiguientes temas, a cual más pertinente y bien traído; pero, de todos, el expresado por la locución que sirve de epígrafe a estas líneas, es el que, en conociéndolo, nos inspiró simpatía e interés tan profundos, que al punto hicieron germinar en nosotros uno como vehemente e irresistible deseo de escribir algo a propósito de la alta materia puesta en el tapete de la pública dilucidación.

Pero antes de arrimar hombro al desenvolvimiento, propiamente dicho, del tema que hemos escogido, parecenos del caso

consignar algunas de las opiniones que se han emitido sobre El Quijote, apuntar los hechos más salientes de la historia de la vida de Cervantes y dar una idea, siquiera somera, relativa a la solidez del pedestal sobre que el mundo ha colocado su brillante gloria de humanista.

## II

Juan Montalvo, «el prosador más valiente y donoso de Suramérica», según Jorge Isaac, y «el que mejor manejó el idioma castellano en el siglo XIX», en sentir de Núñez de Arce y Juan Valera, escribe: «El Don Quijote infatuado, desvanecido, ridículo, hizo a su tiempo la meritoria labor de barrer con los Amadises y Belianises, Policisnes y Palmerines, Tirantes y Tablantes; hoy España ni el mundo lo necesitan para nada; pero el Don Quijote simbólico, esa encarnación sublime de la verdad y la virtud en forma de caricatura, este Don Quijote es de todos los tiempos y pueblos, y bien venida será adonde llegue, alta y hermosa, esta personalidad moral».

Don Diego de Saavedra expone que, «El Quijote es un ara a la cual no podemos llegar sin mucho respeto y veneración.»

Moratín siente que, «la figura del Ingenioso Hidalgo siempre pierde cuando otra pluma que la de Benengeli se atreve a repetirla.»

Por nuestra parte, nos limitamos a formular de propio marte el entimema siguiente: si la mayor cantidad de reproducciones de una obra humana de cualquier clase que sea, de la pluma en el caso que nos ocupa, y su profusa difusión por todo el orbe, guardan correspondencia con la bondad de la misma, El Quijote es el libro de mayor valer que intelecto de hombre produjo, en considerando que, durante un espacio de tiempo de 285 años, o sea desde el en que fue dado a la estampa, hasta el de 1,890, se hicieron de él 1,331 ediciones, honor que no ha merecido otra producción de hijo de Adán, sobre ninguno de los ramos del saber.

## III

Nació el incomparable artista de la palabra, cuyo tercer centenario del apagamiento de su vida mortal celebramos, en Alcalá de Henares, cabeza del Municipio del mismo nombre y comprensión de la Provincia de Madrid, el día 9 del mes de Octubre del año de gracia de 1547. Fueron sus padres, don Rodrigo Cervantes y doña Leonor de Cortinas, ambos de ilustre proge, aunque faltos del brillo artificial que suelen prestar los codiciados bienes temporales que la caprichosa deidad llamada *fortuna* reparte a bulto entre sus favorecidos. La familia del primero era oriunda de Galicia, y de la villa de Barajas, dependiente de la circunscripción provincial de Cuenca, la de la segunda. Pero apenas si se sabe con seguridad cuándo y por qué los autores de los días del insigne pensador hubieron trasladado su residencia a la población en que, según queda insinuado, se mecía la cuna del

grande hombre. Se conjetura que hizo los primeros estudios en su ciudad natal, donde, por aquel entonces, se encontraban en todo su apogeo las ciencias y las letras. Más tarde, después de haber cursado humanidades por un lapso de dos años en la renombrada universidad de Salamanca, se le presentó una feliz coyuntura, que no desperdició, de visitar a Italia, excursión que le fue de harto provecho, así para ilustrar y acrecer el abundante caudal de conocimientos que ya poseía, como para aguzar el espíritu de observación y curiosidad de que, con mano pródiga, quiso dotarlo la naturaleza.

La vida de Cervantes fue una ininterrumpida cadena de penalidades y tristezas, fatal e infalible legado de los entes superiores, quienes parece como que, esclavos sumisos de inexcrutable arcano providencial, no les fuera posible emprender su elevación sobre el nivel común, sino abriéndose paso por entre incontables infortunios y sufrimientos, que demuestran ser la piedra de toque de las obras maestras y el crisol por que han de pasar para que puedan ser consagradas por el unánime sentir de la humanidad. Díganlo, si no, Sócrates, Colón, Bolívar y, si apuramos más el símil, el Mártir del Gólgota.

#### IV

Respecto de los quilates literarios de Cervantes, nuestro juicio, para la formación del cual hemos descartado las apreciaciones de nuestro estrecho criterio y atenidos a las de las irrecusables autoridades en la materia, tanto de España como de las otras naciones civilizadas, es el de que, amén de descollar entre los grandes escritores que ha dado de sí la esclarecida raza ibera, figura ventajosamente al lado de los más portentosos de todo el mundo y de todos los tiempos, si se tiene en cuenta que de los venturosos mortales a quienes plugo al Hacedor adornar con las inapreciables prendas de inteligencia e ingenio, en proporciones bastantes para extralimitar el radio a que se circunscribe la sabiduría ordinaria, fue él quien logró imprimirlas a las alas de su legítima fama potencia tal, que en majestuoso vuelo extendieron el inmenso prestigio de su nombre de insuperable escritor por todos los ámbitos de la tierra, y familiarizarse e intimar con el mundo entero. Cervantes es conocido, admirado y elogiado en todas las lenguas cultas y en las semibárbaras, que es cuanto puede decirse en materia de grandeza y en pro del indiscutible derecho que le asiste a que se le apellide el padre de las humanidades. De lo dicho se desprende la conclusión de que, si todos los países constitutivos de la población mundial le han expedido, graciosamente, sendas cartas de naturaleza al hidalgo manchego, los sempiternos triunfos y glorias que ha conquistado su creador, comunican honra no solamente a los crecidos millones de almas que hablan su armoniosa y dulce lengua, sino a todo el linaje humano.

Cervantes ha sido el privilegiado filósofo a quien el mucho saber y la finísima agudeza de su entendimiento le permitieron ahondar en el corazón de la humanidad, hasta el extremo de ser-

le posible descubrir los dos tipos esenciales en que el globo de ésta se divide, y que él simbolizó en Don Quijote y Sancho Panza, magistralmente modelados. En efecto; si nos diéramos a profundizar en esta materia, nos convenceríamos luego, de que el primer semejante al alcance de nuestros ojos, si no resulta *pinti-parado* Don Quijote, tiene que representar la *vera effigies* de Sancho Panza, sustantivos propios que se han adjetivado y tornándose en verdaderos calificativos.

En ninguna parte del planeta que habitamos existe persona, por ignorante que sea, que no interprete al vuelo lo que quiere significársele cuando se le bautiza Don Quijote o Sancho Panza; y si todos nos consideramos ofendidos cada vez que se nos aplica cualquiera de estos dos apodos, es porque, así como Dios, para no agregar una mortificación más a las innúmeras que estamos condenados a sufrir, ni amargarnos demasiado los cortos días de existencia que nos tiene deparados, nos oculta el en que fenecerán del mismo modo se ha servido mantenernos ignorantes acerca de la índole del innato ramo de locura de que cada cual adolece.

A la gallarda pluma de Cervantes se deben, además de El Quijote, otras meritísimas joyas literarias; pero su obra maestra, la que lleva impreso el sello del genio, la que sentó sobre incommovibles bases su universal nombradía e hizo inmarcesible su gloria, es la que «fue engendrada en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento».

Un ilustre publicista anglosajón, John Bowle, es de opinión que, «Cervantes es gloria no sólo de su patria, sino del género humano.»

«Sólo a Cervantes le fue concedido animar a Don Quijote y a Sancho, enviarles en busca de aventuras y hacerlos hablar: su lengua no puede traducirse ni contrahacerse; es original, única, inimitable». (Martínez de la Rosa.)

«Aproximarse a modelo como Cervantes, no le será dable sino a otro hijo predilecto de la naturaleza, a quien esta buena madre conciba del dios de la alegría en una noche de enagenación celestial». (Juan Montalvo).

«Aquí yace el que supo cuanto se puede saber». (Grabado sobre la losa de Cervantes.)

Para el erudito don Gregorio Garcés, «hasta los defectos de Cervantes son perfecciones dignas de imitación.»

Seguir anotando la infinidad de panegíricos que sabios y filósofos de todas las épocas e idiomas le han prodigado al inmortal manco de Lepanto, sería traspasar, más de lo perdonable, los términos que el respetable Cuerpo directivo de todo lo concerniente al concurso, señaló para que dentro de ellos se contuvieran los respectivos trabajos.

## V

De los lazos que, obedientes a leyes étnico-sociológicas, unían a España con sus colonias del nuevo mundo, solamente el político quedó virtualmente roto, cuando éstas hubieron conquistado su independencia en titánica lucha, que separó a la madre, de las

hijas, por abismos de odios y resentimientos, sin motivos justificables, en rigor filosófico, aunque a raíz de la cruenta lid, los rencores los explicaba el ardor de las pasiones, inextinguido todavía. Cicatrizadas ya, con el maravilloso bálsamo del tiempo, las heridas, tanto materiales como morales, causadas por la magna guerra, la recíproca labor emprendida por españoles y americanos, sus descendientes, de iniciar relaciones y estrecharlas tanto cuanto deben estarlo las que unen a los miembros componentes de una misma familia, es sagrada, puesto que les reportará incalculables beneficios, lo mismo en lo intelectual que en lo material y lo moral, tanto al un país como a los otros. Coadyuvar a la realización de ese hermoso ideal, es el deseo de los istmeños, manifestando con la celebración de este bonito festival, en recordación del hijo más eminente de la nación que, sacándonos del obscuro y triste estado de barbarie en que yacíamos sepultados, nos puso en condiciones de ensayar los primeros pasos por la senda de la civilización.

Pero de los vínculos propicios a llevar a la práctica el acercamiento ibero-hispanoamericano, ninguno está llamado a influir en este sentido tan vigorosa y eficazmente como el de la lengua. Esta es la de Castilla, donde hubo nacido y desarrolládose hasta alcanzar el mayor brillo y esplendor, merced a su esmerado cultivo por eximios escritores y literatos, de los cuales, Miguel de Cervantes Saavedra fue el que rayó a una mayor y excepcional altura, en punto de potencia intelectual y profundidad de ingenio, con el glorioso parto de su sin segundo hijo literario que recibió el nombre de Don Quijote de la Mancha, honra y prez de la española estirpe y encanto de todo el mundo. Esta prodigiosa creación le valió a su autor que, de bonísimo grado, le fuera rendido el envidiable homenaje de reconocerle la preeminencia en humanas letras y tributarle generales respeto y veneración, cuya justicia han sancionado la autoridad de los siglos y el consentimiento universal.

Para aventurar la inmediata anterior opinión, referente al gran poder de atracción que ejerce el idioma, nos fundamos en que una de las verdades evidentes, por resultar de la misma naturaleza y esencia de las cosas, es la de que la lengua común a varios países, constituye precioso signo de comunión espiritual y, por ende, eterna, entre ellos; pues siendo el espíritu, amén de imperecedero, el fiel intérprete del lenguaje, con algo de solicitud e interés que se gaste en cultivarlo, se va trasmitiendo, cada vez más puro, de generación en generación, por los siglos de los siglos, salvos extraordinarios acaecimientos sociales o políticos, de esos que desquician creencias, religión, costumbres, idioma, etc., en los pueblos que los soportan; de todo lo cual se infiere que el símbolo que más propia y fielmente pinta el sentimiento de la raza y delinea nuestra filiación étnica, es el del idioma, cuyo más autorizado representante señalaremos después en el lugar correspondiente.

El justamente afamado filólogo colombiano, don Rufino J. Cuervo, discurrendo sobre materia análoga a la de que nosotros venimos tratando, sienta «.....De suerte que mirar por la len-

gua vale para nosotros tanto como cuidar los recuerdos de nuestros mayores, las tradiciones de nuestro pueblo y las glorias de nuestros héroes; y cuando varios pueblos gozan del beneficio de un idioma común, propender a su uniformidad es avigorar sus simpatías y relaciones, hacerles uno solo.....»

Hay más; las lecciones de la historia, confirmadas por la experiencia, enseñan que la igualdad de los sonidos articulados que han recibido en herencia los habitantes de uno o más países para entenderse y comunicarse lo que piensan y sienten, es la que genera las más sinceras e íntimas corrientes de mutuas simpatías. La naturaleza misma se encarga también de corroborar la verdad de nuestras aserciones, pues jamás se vió, respecto de irracionales, que se avengan, asocien y quieran los que tienen diferentes cantos o voces para trasmitirse las situaciones de alegría o de tristeza en que se encuentren. Si un ave canora del sexo distintivo de la fuerza, al requerir de amores a otra perteneciente al contrario, fuera correspondida en el desapacible y monótono croar de las ranas, v. g., el espanto de que quedaría presa el melódico enamorado sería tal, que la súbita fuga que emprendiera le revelaría al objeto de sus requiebros, que la amistad, el amor y demás sentimientos, cuyo fin es el de fomentar el estrechamiento de los individuos capaces de razón o de instinto, son delicadas plantas que mueren en su nacer, cuando no las alimenta la rica savia de la comunidad de lenguaje de los seres que intentan simpatizar.

Debe tenerse en cuenta, además, que, como la identidad de idioma implica identidad de origen, de sangre, de costumbres, etc., fuentes de armonía y correspondencia entre la humana familia, es palmario que pueblos no enlazados con estas apretadas ligaduras, son terreno estéril para el cultivo de sinceros afectos. Las que erróneamente tomamos por tales, y eso, dejándonos engañar por la ilusión, a sabiendas, son las aparentemente amistosas relaciones que, haciéndose violencia a sí mismas, fingen mantener naciones de distintas razas y, por ende, de distintas lenguas, lo cual no es otra cosa que el resultado de procesos mentirosos, hijos de las exigencias de los intereses políticos, comerciales, militares, etc., determinantes en las unas, las fuertes generalmente (pues las necesidades de las débiles de pelo cuelgan), de la resolución de hacerse, por cualesquier medios, con aquello ajeno que les hace falta, para cuyo efecto, haciendo valer los artificios y las trácalas de la diplomacia y aparentando una franqueza y una fe que están muy lejos de sentir, se ponen en inteligencia con las que poco pueden con la mira de conseguir de ellas todo lo que desean. Pero, en realidad, las bases sobre que descansan esas amistades tienen tanta firmeza como las en que se asientan la mentira y la falsedad; y la cordialidad y manifestaciones de aprecio por parte de las entidades favorecidas, solamente duran hasta la consecución de los beneficios, objeto de la pantomima diplomática. Si prueba necesitara lo que dejamos aseverado, no habría necesidad de ir muy lejos por ella, pues los panameños, sin contar nicaragüenses ni cubanos, somos la más elocuente e irrefragable.



Dedúcese de lo dicho, que la universal ley de las humanas simpatías, instituida por la Sabiduría infinita, y predestinada a servir de misterioso imán, atraente de las voluntades entre sí, para que pueda penetrar y arraigar en los corazones, requiere ser transmitida a los mismos por el ritmo sonoro del idioma hablado y uniforme de los individuos de que arrancan las simpatías. El de los ojos y el del gesto solamente son fascinantes y generadores de entrañable cariño, cuando se tiene la seguridad de que quienes se valen de ellos son capaces también de modular las dulzuras del primero.

Una mujer primorosamente bella, tanto física como moralmente, pero privada del precioso dón de la palabra, podrá causar más o menos admiración como cualquier objeto, natural o artificial, que reúna los atributos distintivos de la belleza; pero no logrará inspirar aquella profunda y fervorosa simpatía que acaba por obligar a los corazones abrasados en la fiebre de esa pasión, a estrecharse y unirse. Amistad, cariño, afición, amor, comunicados, no se conciben sino admitiendo que son: laúd sin cuerdas, tórtola muda, astro sin luz, flor sin perfume.

La firmeza de la creencia que abrigamos de que en el curso de la anterior exposición hemos demostrado que la igualdad de la lengua que hablan dos o más países, es el factor que con mayor facilidad echa entre ellos las bases de verdadera amistad y consiguiente unión, y unimisma sus intereses y aspiraciones, nos parece que hace pertinente una amplificación, tendiente a aumentar la claridad de los razonamientos de que nos servimos y la solidez de las pruebas que patentizan la verdad de la existencia de los hechos que sostenemos.

Es axiomático que dentro de todo idioma civilizado, o medianamente, se contienen tres lenguajes: el culto, el vulgar y el inferior a éste, cuyo nombre omitimos por parecernos demasiado disonante el vocable que lo expresa. De los dos últimos no es del caso tratar en esta disquisición, dadas sus tendencias, pues ellos, en cada país no son hablados sino, exclusivamente, por la ignorancia, residente, como es sabido, en las ínfimas capas sociales, a cuyos miembros les es imposible entenderse con sus iguales extranjeros y, en consecuencia, tales modos de expresión no desempeñan papel alguno en el internacional comercio de ideas.

Es asimismo evidente, que de las cosas destinadas a serle útiles al hombre en algún sentido, no existe ninguna que no preste tanto más buenos servicios, cuanto mejor en su línea sea la calidad de ella.

Sentado lo que precede, al tratar nosotros aunque en términos generales, de la lengua, desde el punto de vista que la consideramos, debe sobreentenderse que el lenguaje que nos sirve de objetivo del discurso y sobre el cual rueda la argumentación, es el castellano, pero el castellano que llena el mayor número de las cifras de la perfección, o sea el clásico, que tiene por majestuoso y sublime santuario las obras maestras que enriquecen la literatura hispana, como si dijéramos *El Quijote*, *La Celestina*, *Lazarillo de Tormes*, *Diálogo de las lenguas* y muchas más; y por ofi-

ciantes, sacerdotes de la inteligencia tan eminentes como Cervantes, Fernando Rojas, Hurtado de Mendoza, Juan Valdés, etc.

Expuesta, pues, en el caso que nos ocupa, la conveniencia de amoldarnos al lenguaje más puro y castizo, para beberlo no nos queda otro recurso que el de ocurrir a su legítima fuente que, según dejamos insinuado, no es otra que las aludidas obras clásicas y, de las mejores, elegir la mejor, a fin de que nos sirva de invariable modelo o paradigma del bien decir.

Ya que de consuno no lo indicaran la razón y la justicia, la necesidad exigiría optar por *El Quijote*, cuya superioridad sobre sus similares no es ya cuestión puesta en tela de juicio, sino pasada en autoridad de cosa juzgada por las primeras lumbreras mundiales en filosofía y letras, por quienes, a votos conformes, está declarado el monumento más grandioso con que cuentan las letras castellanas.

Y en verdad; en haciendo consideración de que, el inimitable estilo de Cervantes, la gallardía de dicción, su asombrosa maestría para tejer aventuras, el exquisito tacto con que supo infundirle tan delicada nobleza de sentimientos al hidalgo manchego, la gracia e impremeditadas naturalidad y sencillez con que escribe, hasta el punto de parecernos que la pluma entre sus dedos se deslizaría cual gota de agua cristalina por un plano inclinado, de cristal; en considerando, repetimos, que todas estas magníficas y raras prendas se aunaron, como exprofesamente, para que su producción, *El Quijote*, sobresaliera entre los sobresalientes libros de su género y atrajera la admiración, madre de la simpatía que, a su vez, da vida a los más caros afectos, hay que convenir en que *El Quijote* representa el más genuino signo de fraternidad entre las española e hispanoamericana gentes, con la razón, además, en pró de la tesis que sustentamos, de que, a medida que los años vayan transcurriendo, más y más se irán afianzando los fraternos vínculos de que hablamos, por causas que expondremos en seguida.

En la composición de toda obra humana, por el mismo hecho de serlo, entran, necesariamente, elementos buenos y elementos malos, siendo que del predominio de aquéllos o de éstos, en la balanza de la justicia, depende el juicio, favorable o adverso, de la historia. La que resulta de importancia bastante para llamar la general atención, y puede resistir el examen a que la somete la opinión pública, desconforme al principio casi siempre, por falta de imparcialidad, y al fin logra que la crítica sensata y justa se uniforme y le conceda el dictado de maestra o magistral, desde entonces sigue ganando en grandeza y fama con el correr de los tiempos. Esto ocurre lo mismo con las obras intelectuales que con las materiales y las morales, como lo están pregonando, en orden a las primeras, las de Homero y de Cervantes, en cuanto a las segundas, las de Bolívar y de Washington y las de San Vicente de Paúl y de San Ignacio de Loyola, con relación a las terceras.

A las circunstancias antedichas conviene agregar otra, que también aportará valioso contingente a la realización del designio plausible y trascendental, al unísono y en feliz hora concebido

por los ilustres españoles y sus dignos descendientes de América, de sellar los sagrados vínculos que los ligan, con la promoción de fraternales relaciones y consiguientes solidaridad y convivencia, alimentadas por unos mismos ideales y esperanzas, y esa circunstancia es, la de que España, muchas décadas hace ya, de que comenzó a levantarse de la caída de su inmenso poderío, sufrida a poder de la influencia de la inmutable ley, de las alternativas de prosperidad y decadencia a que, en el curso del perpetuo desfile de los siglos hacia la eternidad, están sometidos todos los organismos susceptibles de transformaciones o evoluciones, que pueblan nuestro planeta, lo que significa que el idioma castellano, desde muy atrás viene capacitándose cada un día más para el cumplimiento, a perfección, de la alta consigna que nosotros le atribuimos, puesto que recorre una etapa de progresivo acendramiento, si es que no miente el principio sentado y admitido, de que los idiomas suben y bajan con los períodos de progreso y de retroceso en que oscilan, al igual de todos, los pueblos que los profesan, de lo cual suministra una prueba el creciente empeño con que de algunos años a esta parte, se trabaja por aprender nuestra lengua en los países anglosajones. Cuando España se acabe de levantar, se levantará con los mismos esplendor y prepotencia con que se levantó Roma, cuando logró ceñirse la corona de soberana del mundo, y entonces comenzará el reinado de la reina de las lenguas, que es la en que escribieron Cervantes y los dos Luises, ha dicho un escritor benemérito.

Relativamente a la doctrina, en cuya depuración venimos empeñados, juzgamos estar en lo justo, tanto más, cuanto la historia atestigua que, aunque poco después de que hubo visto la luz pública, en Madrid, la primera edición de *El Quijote*, les fueron enviados a dos o tres insulares, residentes en América, por otros tantos compatriotas madrileños, sendos ejemplares, en género de obsequio y a guisa de joya muy valiosa y rara, su propagación aquende el charco, y no general, sino entre las clases más elevadas, apenas data de las postrimerías de la primera mitad del siglo XIX, y eso, con la misma perezosa lentitud que entonces gastaba para moverse el pesado y torpe carro de nuestro casi imperceptible progreso.

Lo que queda expresado equivale a decir, que fue desde setenta a setenta y cinco años atrás desde cuando comenzó a visitarlos el gran libro, en cantidades cada vez mayores, de modo que, hoy, las principales poblaciones de las ex-colonias españolas en este mundo de Colón, se encuentran sembradas de él, puede decirse. A la época presente, no existe américo-hispano, aficionado a las bellas letras, que no haya leído, releído y vuelto a leer *El Quijote*, y que no lo repunte una especie de Alcorán en punto de literatura. Tan alto es el concepto en que se le tiene en los pueblos de habla española, que apenas si se encuentra publicista que no semi-enloquezca de placer y medio se embriague de felicidad cada vez que lo regalan con el honroso piropo de que escribe en estilo cervantino.

No es mucho, pues, dado el relativamente corto tiempo que ha pasado desde que los hispanoamericanos hubimos *El Quijote*,

que aún no se haya vulgarizado entre nosotros tanto cuanto es de desearse, ni florecido bajo estas latitudes más de un solo discípulo cervantista con diploma ostensivo del sello clásico del gran maestro. Este aprovechadísimo discípulo fue el ecuatoriano Juan Montalvo, cuyos inagotable erudición y primoroso estilo han contribuido muy mucho a despertar y robustecer las simpatías, no solamente entre las repúblicas americanas de origen español, sino entre éstas y la antigua madre patria, como lo prueban algunos hechos, de los cuales extractamos los siguientes: uno de los modernos estilistas españoles más admirables, don Juan Valera, en el prólogo que escribió de la obra póstuma del primero, intitulada *Geometría Moral*, entre los muchos elogios que le tributa al perflucto polígrafo ecuatoriano, se encuentran los que a continuación copiamos:

«.....No sólo habla y escribe el castellano puro, sino que le ha estudiado con amor; posee el rico tesoro de sus vocablos, giros y frases, y los emplea y ordena con inagotable facundia y artística destreza para expresar sus pensamientos. No se le ocurrió jamás, por estupendos y peregrinos que sus dichos pensamientos fuesen, que no bastara para transmitirlos al prójimo el habla de Cervantes y de Santa Teresa..... Tal es la amplitud de la mente de Juan Montalvo, que ha penetrado en ella sin confusión, y con holgura y orden, todo el saber de Europa, desde los primeros tiempos de la clásica civilización greco-latina hasta el día de hoy; y tal es la pasmosa capacidad de su rico, pintoresco y brillante lenguaje, que por su medio expresa y transmite cuanto sabe. Filosofía, religión, literatura y bellas artes, poniendo en todo, antes de expresarlo, el sello original y característico de su propia persona..... no se puede negar que Juan Montalvo aprendió cuanto había que aprender, y que el espléndido tesoro de ciencia y experiencia acumulado en su alma, brota de ella resplandeciente con los vivos colores de su imaginación, y corre y se precipita más como impetuoso torrente que como manso y caudaloso río..... En todos estos tratados de Juan Montalvo, así como en el tratado presente de *Geometría Moral*, el lenguaje castellano no puede ser más castizo, ni puede ser tampoco más propio, ni más exclusivo de su autor. No es arcaico, ni es neologista o modernista; no contiene frase, ni giro, ni cláusula, ni vocablo que no prescriba nuestra gramática y que no contenga nuestro léxico. En el estilo de Juan Montalvo no se advierte el menor vestigio de imitación de nuestros antiguos autores. Se diría que lo ha leído todos, que los conoce todos y que, apoderándose luego de la riqueza de expresión que cada cual poseía y empleaba, ha compuesto y ha logrado valerse de una muy singular manera de escribir, donde sin contraposición violenta, pasa de lo más encumbrado y sublime a lo más familiar, pareciéndonos siempre extraño y nuevo, sin perder la espontaneidad y sin que podamos tildarle de rebuscado..... Me arredra el gran valer de Montalvo. No son sus defectos los que me inducían a no hablar de él, pues yo hasta con sus defectos simpatizo.....»

El malogrado erudito cubano, don Rafael M. Merchán, al tratar en sus excelentes *Estudios Críticos*, del escritor ensalzado

por Valera, dice, que «Castelar se arroja en brazos de Montalvo, como si viera en él a Cervantes mismo resucitado.....»

Con todo, Montalvo reconoce, y lo confiesa en su *Ensayo de imitación de un libro inimitable, o Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, que se quedó tan lejos del modelo, como lo está la tierra de las regiones celestes.

Pero, reanudando el hilo del discurso, roto por la anterior digresión, que juzgamos favorable al robustecimiento de la argumentación de que han de desprenderse nuestras conclusiones finales, y fundándonos en la infalibilidad con que se cumple todo lo que está subordinado a inmutables leyes universales, nos atrevemos a asegurar que, andando los días, llegará uno en que la estupenda novela, materia de este nuestro ensayo literario, según el progresivo oleaje con que de poco más de medio siglo para acá comenzó a trascender a todas las clases sociales, inundará hasta los más recónditos lugares de los antiguos dominios americanos de los augustos monarcas católicos, porque las principales cualidades que contribuyeron a que *El Quijote* se elevara a tanta altura sobre las demás obras de su clase, son las de la genial espontaneidad que presidió el proceso de su concepción, según lo transparenta su cuidadosa lectura, y la naturalidad y sencillez del estilo en que fue escrito, como si exprofeso lo compusiera el autor de manera que resultara delicioso manjar, cuya dulzura pudiera ser saboreada así de sabios como de ignorantes, lo cual será parte a que del corazón de cada un individuo de los que formarán la gran falange de lectores, sin distinción de categorías sociales, broten sentimientos de cariñosa admiración, rendida lo mismo al insigne prosador que más al pie de la letra cumplió la suprema máxima de la sabiduría, cual es la de enseñar deleitando, que a la nación que tiene la gloria de ser madre del artista labrador de joya de tan alto precio.

Llegada que sea la época que nosotros prevemos y deseamos, es decir, cuando a todo hispanoamericano que haya tenido la dicha de salvar la densa obscuridad del analfabetismo, le sea posible acudir a mitigar la ingénita sed intelectual que padece la criatura, a la copiosa e inagotable fuente de sabiduría que, a través de riquísima mina de recreaciones y pasatiempo, mana de las encantadoras páginas de *El Quijote*, ya para entonces, decimos, abundarán los devotos de Cervantes capaces para producir primorosidades literarias dignas de emigrar al caballeresco e hidalgo país que nos legara lengua, religión y costumbres y promover con él activo intercambio de sentimientos e ideas, que es paso preliminar y obligado que dar tienen lo mismo los individuos que las familias y los pueblos, para iniciar recíprocas relaciones, genitoras de íntima amistad, y medio seguro para apretar los lazos de unión entre ellos y, consecencialmente, entre España y nuestras ubérrima joven América Hispana.

Terminamos, rindiendo los loores debidos al pontífice de los ingenios de nuestra vigorosa raza, a quien su profundo y extraordinario saber le concedió genuinas ejecutorias para alternar con los más legítimos y auténticos genios de los que montan guardia en el templo de inmortalidad.







¿LA CONSERVACION DEL IDIOMA PUEDE INFLUIR  
EN EL SOSTENIMIENTO DE LA INDEPENDENCIA NACIONAL?

POR

JOSE DE LA CRUZ HERRERA,  
DOCTOR EN FILOSOFIA Y LETRAS.

PRIMER PREMIO.

DOS PALABRAS.



El presente tema, propuesto para el concurso de los Juegos Florales por la Sociedad Española de Beneficencia, puede ser desarrollado de dos modos: el primero, puramente sentimental y literario, como labor de filigrana o ejercicio retórico de elocuencia; el segundo, como empresa científica basada en diversos problemas de lingüística, comprobada por la historia y de acuerdo con el método experimental que priva en esta clase de estudios. Aunque el primer modo de desarrollo es mucho más fácil, puesto que no requiere honda penetración del asunto, he escogido sin vacilar el segundo, para ponerme a la altura de la ciencia gramatical del día, y contribuir con mi modesto ejemplo a dar comienzo a los estudios lingüísticos en mi patria, convencido como estoy de la gran verdad que encierran las palabras de Amicis citadas en el capítulo V de este trabajo.

He aquí, por capítulos, el sumario de este ensayo:

1. *Consideraciones previas.*—*Denominación de las razas por la lengua.*—Pueblos tributarios.—La asimilación del influjo extranjero no menoscaba la independencia.—Ejemplo de los poetas latinos.—Garcilaso de la Vega.—Unidad de la especie humana.—La facultad intelectual prueba la unidad específica, y a la vez ocasiona la separación de los grandes conglomerados humanos.—Razas y lenguas.—Heródoto. Pelasgos y helenos.—Fusión de razas y denominación del producto según la lengua que habla.—El ele-

mento germano de España, Francia e Italia.—El ejemplo de América latina.—Lecciones derivadas de la prehistoria italiana.—Los pelasgos.—Umbrios, etruscos, etc.—El Lacio.—La raza latina.

2. *Lenguas y naciones.*—El nacimiento de las lenguas coincide con la existencia de naciones independientes.—Lenguas indoeuropeas.—El tronco indoeuropeo.—La desaparición del indoeuropeo coincide con la servidumbre de los arios.—Delirios lingüísticos.

3. *La lengua y la idiosincrasia social.*—Concepto de lengua.—Diferentes patrones ideológicos de las lenguas.—El griego y la naturaleza física de Grecia.—El latín y la misión histórica de Roma.—Semántica.—Crítica del simbolismo.—Ideas armónicas.—La oscuridad, canon de la poesía china.—Tradiciones lingüísticas de la China.—La lengua china es impenetrable a los barbarismos.

4. *Lengua e independencia*—Patria y libertad.—La lengua de los chinos es uno de los principios intrínsecos de su independencia.—El literato Kin Shen'tan y sus diez y seis discípulos.—Final independencia de la China.—Legislación rusa y alemana sobre la lengua de Polonia.

5. *Opongámonos a la pérdida de nuestro señorío.*—La conquista española de América.—Reconciliación.—Cultivo de los estudios gramaticales.—Palabras de Amicis.—Efecto de los estudios gramaticales.—Ejemplos de los escritores clásicos.—Desventajas de nuestro estado comercial e industrial.—La amena literatura.—La lengua en nuestras relaciones diarias.

## I

### CONSIDERACIONES PREVIAS.—DENOMINACION DE LAS RAZAS POR LA LENGUA.

Un país tributario de otro es un país que carece de independencia. Este tributo se entiende ante todo en lo político. Un modo disimulado de subyugarlo es dominando su vida económica; o bien aboliendo poco a poco y trocando por los propios todos los elementos ideales que forman, como quien dice, el espíritu de la nación; en otros términos, suprimiendo su originalidad social.

Pero cuando el influjo, ya sea material o espiritual, que un pueblo ejerce sobre otro en una o varias direcciones de la actividad humana, ha sabido ser aprovechado por el segundo a modo de asimilación fisiológica de materias extrañas en un organismo, esto es, ha sido absorbido por el cuerpo social, ha corrido luego por los ocultos canales de su vida exclusiva, alimentando, robusteciendo y desarrollando todos sus miembros al par que todo el con-



junto, entonces lejos de menoscabarse se consolida la independencia. Roma pule su cultura con el saber y la civilización de Grecia, ya por ella sojuzgada; y sus grandes poetas, <sup>Ejemplo de los</sup> <sup>poetas latinos</sup> Horacio, Virgilio, Ovidio, Propertio, Catulo, enamorados de la literatura griega, se separaron deliberadamente y por completo de los modos de la poesía popular del Lacio, y produjeron, no obstante, poesía nacional. Y ese dulce rui señor <sup>Garcilaso de la</sup> <sup>Vega</sup> dano, Garcilaso de la Vega, vaciando en moldes toscos riquísima pedrería arrancada principalmente a las diademas de Teócrito y Virgilio, sabe también inspirar en la frente de sus producciones todo el aliento vital del alma española.

He aducido los ejemplos anteriores porque son los que más casan con la índole del presente estudio. Otros pudieran presentarse de igual manera concluyentes en otros órdenes de ideas; pero para las conclusiones que me propongo, cumple examinar solamente hechos relativos a la diversidad, absorción y extinción de las lenguas, y a la clasificación de las razas.

¿La variedad de lenguas vendrá a probarnos, como han sostenido algunos, diversidad de origen en el hombre? <sup>Unidad de la especie humana</sup> De ninguna manera: en punto a la unidad de la especie humana no cabe discusión en el día. La arqueología antropológica —ya que no podemos decir otro tanto de la filología, donde parece ocioso investigarlo— establece de evidente modo la doctrina que reveló la Biblia: la humanidad desciende de un solo y único tronco primitivo. ¡Y no obstante son tan varios los caracteres de la especie cuando se la contempla ya dividida en tribus y naciones separadas!

El conjunto de las facultades anímicas y los sentidos internos <sup>La facultad intelectual prueba la unidad específica, y a la vez ocasiona la separación de los grandes conglomerados humanos</sup> que directa o indirectamente concurren a la producción de actos libres y a la formación de las ideas, es el indicio científico más manifiesto de nuestra comunidad específica. Los arqueólogos y etnólogos, en vista de la semejanza o igualdad de útiles y artefactos empleados por pueblos habitantes de regiones muy distanciadas entre sí, concluyen que el hecho no es suficiente a probar la comunidad de vida en época alguna de su historia, sino solamente su unidad psicológica. Y sin embargo, en las facultades psicológicas se encuentra también la fuente de las grandes desemejanzas que dividen a la humanidad. No es el aspecto físico y exterior de los hombres el que cava los más profundos surcos de delimitación que la fraccionan, sino la lengua, o sea, los símbolos y figuras, los tintes y matices, las notas y los tonos con que la mente de cada conglomerado humano concibe, reviste y traduce el mundo que le rodea. Ahora bien, el lenguaje humano es facultad que radica en la potencia intelectual.

En hora buena que se clasifiquen las razas teniendo en cuenta <sup>Razas y lenguas</sup> los rasgos anatómicos de sus unidades; pero ello es que también se las distingue, y el procedimiento es muy general-

mente seguido, de conformidad con las lenguas que hablan. Ya Heródoto consideraba categóricamente a los pelasgos y los helenos y helenos ma. Pues bien, dicha clasificación, hecha tan sólo desde este punto de vista, carecería de lógica si no fuese porque la lengua implica modificaciones a las condiciones psicológicas fundamentales comunes a la humanidad, fijando así un carácter étnico que hermana de manera indeleble e irrevocable generaciones sucesivas. En este sentido puede ella más aún que la religión.

Frecuentes son los casos en que los elementos de razas distintas, consideradas tales por su aspecto exterior, se han unido en alianza de sangre, y la historia y el consentimiento común han seguido llamando al producto de esa fusión con la denominación de aquel elemento que ha predominado por el idioma. Ejemplo elocuente presenta la historia. El elemento germano de España, Francia e Italia, se diluyó, no fue posible ver- lo claramente, perdió su nombre, cuando las lenguas germanas fueron absorbidas por la latina. ¿Y qué vemos en la América latina? Aquí el blanco, el negro, el indio, aquí el sajón, el latino, el chino, el japonés, se dieron cita para vivir la íntima vida de la sangre en un destierro común, por una parte, y abandonando sus derechos y prerrogativas seculares, voluntaria o forzosamente, por otra; las tradiciones, los sentimientos, los usos, las costumbres de los pueblos autóctonos y de los que al principio fueron allegadizos elementos, han ido modificándose o desapareciendo en el abismo del tiempo, o se han ido amalgamando en la fusión común, y sólo ha predominado una u otra hermana lengua, portuguesa o castellana, que ha perpetuado en la región que presenció y sigue presenciando el fenómeno, el nombre glorioso de la raza dueña de la lengua feliz que había dado a luz tantas hijas y vístolas llegar a su mayor edad, cuando se retrajo a honroso retiro, desde donde las sigue ilustrando con el prestigio de su gloria, y desde donde puede exclamar con orgullo:

Doquiera yo escuche un idioma,  
Cantiga o fugaz yaraví  
Que acentos repita de Roma,  
Mi patria, mi hogar está allí.

En épocas casi prehistóricas también Italia fue teatro de una transformación como la que en nuestra América presenciábamos. Tras la ancha vía que abrieron las inmigraciones de los pelasgos, los «hijos de la tierra negra» o «cigueñas errantes», como se les apellidó, siguieron pueblos de distinto origen: los célticos, umbrios, etruscos, argivos, frigios. Todos aportaron a la península los caracteres de sus razas: sus modos de hablar, sus hábitos pastoriles, sus costumbres guerreras, sus instintos rapaces y filibusteros, y el sentimiento ingénito de la estética

y la delicadeza. La Península quedó convertida en un conjunto de nacionalidades malamente defendidas entre sí por las vertientes de sus elevadas montañas y por las lanzas y los dardos de sus belicosos súbditos. Una de ellas, el Lacio, señalada por Dios con misión especial, comenzó a agitarse más tarde en el cumplimiento de sus destinos, y fue el centro de unión de todas, y con ellas, de la mayor parte del mundo. Así se modelaron en un solo crisol naciones de tan diversos caracteres, se olvidaron antiguas denominaciones, se unificaron costumbres, se adoptó sobre la raza latina todo el uso de una lengua común, y apareció en la historia una raza, resultante de la compenetración de tan variados elementos, a quien dio nombre el nombre del común idioma.

## II

## LENGUAS Y NACIONES

Sentado todo lo anterior, entraré ahora a estudiar ciertos hechos relativos a la vida misma de las lenguas, en relación con las nacionalidades.

El nacimiento de las lenguas coincide con la existencia de naciones independientes

Cuando de un tronco lingüístico común se han formado lenguas nuevas, ya en los dominios de cada una de éstas han aparecido naciones separadas, en que suele haberse borrado aun el recuerdo del común origen. Lo prueba hasta la saciedad la historia de las lenguas indoeuropeas, timbre de orgullo de la ciencia contemporánea, y gloria inmarcesible de España, patria de Lorenzo Hervás y Panduro, el descubridor de la Gramática comparada.

Lenguas indoeuropeas

El tronco indoeuropeo

En esa historia encontraremos al primer golpe de vista la justificación del principio que acabo de sentar. Quien dirigiese la vista sobre la muchedumbre de lenguas que se extendían desde la Bactriana, encerradas dentro de la ingeniosa elipse lingüística de Pictet, que comprende cuantas razas han fatigado la historia con las armas y las ciencias, con las artes y las letras, con la santidad y grandeza moral, no podía apacentar sus ojos sino en una aparente diversidad de estructura sintáctica, y más aún, de procedimientos fonéticos. Esto se explica fácilmente: antes de Hervás y Panduro, no descubiertas todavía las luces segurísimas de la Gramática comparada, y contemplando dentro de la curva referida tan grande copia de naciones, bien lejos estaban los sabios de sospechar siquiera que las hablas correspondientes derivaban todas de una sola y única fuente, de un idioma común poseído por una raza de muy avanzada civilización, la de los hijos de Chemsid, la raza de «los fieles», de «los excelentes», de «los amigos», que a todo esto equivale en lengua sánscrita el nombre de los arios; lengua que logró imponerse a los más débiles pueblos con quienes alternaba aquella raza, y a quienes sojuzgó políticamente, cumpliéndose así el principio establecido al comienzo de este ensayo.